

Alfonsín

Mitos y verdades del padre
de la democracia

Oscar Muñio

AGUILAR

*A Mario Amaya, que empezó esta historia.
A Carlos Contín, que la escribió mientras estuvo.
A Manolo Canals, que llegó hasta el final.*



Índice

<i>Prólogo</i>	11
CAPÍTULO 1	25
CAPÍTULO 2	35
CAPÍTULO 3	53
CAPÍTULO 4	61
CAPÍTULO 5	69
CAPÍTULO 6	79
CAPÍTULO 7	95
CAPÍTULO 8	117
CAPÍTULO 9	129
CAPÍTULO 10	149
CAPÍTULO 11	157
CAPÍTULO 12	175
CAPÍTULO 13	181
CAPÍTULO 14	189
CAPÍTULO 15	203
CAPÍTULO 16	215
CAPÍTULO 17	227
CAPÍTULO 18	237

OSCAR MUIÑO

CAPÍTULO 19	245
CAPÍTULO 20	263
CAPÍTULO 21	279
CAPÍTULO 22	289
CAPÍTULO 23	307
CAPÍTULO 24	327
CAPÍTULO 25	349
CAPÍTULO 26	377
ÁPENDICE. <i>Dos finales</i>	401
<i>Fuentes consultadas</i>	407



PRÓLOGO

No se apoderaron del gobierno por la sangre y la violencia, sino en medio del júbilo de aproximadamente la mitad de la nación. Y ahora presten atención: aquella mitad que se regocijaba era la más activa, la más lista y la mejor.

Milan Kundera

Era noctámbulo, trasnochaba, se levantaba tardísimo, fumaba mucho, llegaba tarde a las reuniones. Un radical típico. Un día, de repente, largó el cigarrillo, se inventó una rutina, comenzó a convocar gente temprano en las mañanas, dejó la noche. Cuando me enteré, supe que Raúl Alfonsín quería ser presidente.

Esta investigación es más antigua que aquella certeza. Ha pasado suficiente tiempo para limpiar algunas telarañas, no tanto para borrar medio siglo de pasiones. En estas páginas desfilan los afectos de Alfonsín, sus seguidores, los rivales. Hay dos voces que apenas resonarán. Una es la del autor, limitada a un puñado de conclusiones. Tampoco se citan los escritos del propio Alfonsín, desparramados en cientos de discursos, en decretos y proyectos de ley, en comunicados, conferencias y en media docena de libros propios. Son los protagonistas que dan su propia, muchas veces contradictoria, versión. Hablan sus amigos, sus parientes, sus adversarios, sus enemigos. Y la voz de Alfonsín que ellos escucharon: *es Alfonsín visto por los otros*.

“Facundo, te pido que vengas un momento a mi oficina, ahora”. Alfonsín convoca al intendente de la Capital Federal, Facundo Suárez Lastra. Nunca le ha pedido nada. Hasta ese momento. Facundito recuerda haber cruzado la Plaza de Mayo. El presidente estaba en su despacho con Liborio Pupillo, el mítico caudillo de Mataderos. “Ahí Alfonsín me dice: ‘Liborio, que es mi amigo, me dice que vos no lo atendés. ¡Y vos y yo estamos donde estamos por gente como Liborio!’. Yo le contesté: ‘Liborio es un infierno. Se me presenta sin audiencia, a cualquier hora, con cinco o seis personas y hace entrar a todos a mi despacho para pedirme cosas para todos ellos. No me deja tiempo para trabajar. O uso el tiempo para gobernar la ciudad o lo uso para resolver uno por uno todos los problemas de los dirigentes radicales’. Alfonsín reflexiona: ‘Bueno, los dos tienen razón. Lo que te propongo es que todos los lunes le des quince minutos a Liborio para que te plantee los problemas’. Me pareció que tenía razón”.



“Empezó como puntero. Y terminó convirtiéndose en el estadista que pensaba: ‘Para que dentro de veinte años esta cosa funcione así, ¿qué medidas tengo que tomar hoy?’. Y el estadista termina construyendo el líder”. Carlos Becerra —militante de la Junta Coordinadora Nacional— conoció a Alfonsín de chico, en su casa cordobesa. Y terminó como secretario general de la Presidencia.

Estadista y puntero. Caudillo en Chascomús y político de dimensión continental. El héroe de las mujeres y el protector de los radicales. Hombre de izquierda en lo social, tradicionalista en sus costumbres, ciudadano del mundo. Un lector ávido, amante de la literatura, ajeno a la pintura no figurativa, conquistado por el cine social, buen jugador de póquer, discreto rival de pelota-paleta, devoto del pejerrey de su laguna. “En casa no nos dejaba jugar naipes ni dados —coinciden sus hijos Ana María y Javier—. Porque en los pueblos es muy común el jugador que pierde todo. Pero él jugaba al tute y a la generala en el Club Social, y al póquer a veces. Era muy buen jugador de póquer. Había heredado. Mamá Grande y Papá Grande eran muy buenos jugadores de póquer; el viejo tenía fama de gran fichador”.

“No existe lugar en el mundo más hermoso para vivir que mi ciudad, Chascomús”, Alfonsín presidente se confiesa con una periodista francesa. “Tanto tiempo al lado del presidente hasta que me di cuenta de que lo que realmente le interesaba era Chascomús”, escribirá Richard Pueyrredón, su director de Ceremonial. Alfonsín se lo reconocerá al periodista Pablo Giussani: “Chascomús ha sido el trasfondo permanente de mi vida. Tanto mi infancia como mi juventud fueron moldeadas por las costumbres, las emociones, las tradiciones y hasta los prejuicios que son propios de Chascomús”.

La gran influencia sobre los valores y principios de la vida de Alfonsín arranca de su madre, Ana Foulkes. Mamá Grande —como la llama el resto de la familia— instaura un rígido matriarcado, donde las obligaciones son la lectura, el estudio, la perseverancia. Católica convencida, nutre a la familia con su cristianismo primitivo, casi puritano. Su hijo mayor tendrá enfrentamientos con la Iglesia pero nunca dejará de ser creyente de pocas misas y raras comuniones.

Alfonsín crece impactado por la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. Ahí clava su militancia antifascista. La Guerra Civil encaja sus preferencias para siempre. De un lado, la razón y la idea de progreso, el cambio social y el laicismo, el fin de toda nobleza de nacimiento. La República donde conviven socialistas, republicanos puros, socialdemócratas, anarquistas y comunistas encarna el *bando de los buenos*. Enfrente, el oscurantismo de una Iglesia reaccionaria, el falangismo antidemocrático, las Fuerzas Armadas golpistas, los señoritos y la gran patronal. Los enemigos de los obreros, los letrados y los poetas, los asesinos de García Lorca.

Desde entonces desconfía de los derrotistas: el “capitulacionismo” que ha permitido a Franco doblar la República se repite con Hitler, que conquista territorios sin esfuerzo por la falta de combatividad de muchos demócratas de Francia y el Reino Unido. En sus años maduros seguirá alertando contra el

munichismo, palabreja arrumbada que nada decía a los jóvenes, pero que para Alfonsín lo resumía todo: no deben hacerse concesiones al totalitarismo. Si España se pierde, la Guerra Mundial se gana. El corazón de Alfonsín acompaña la gigantesca coalición antinazi que une al reformista Roosevelt con el comunista Stalin y el conservador Churchill.

La Guerra Mundial confirma la visión del mundo de Alfonsín. Igual que en la defensa de la República española, se van ajustando dos bandos: por un lado, las democracias aliadas al comunismo; por el otro, nazis y fascistas de pelaje diverso. Roosevelt, que ha fijado por primera vez políticas sociales directas desde el Estado, asume con igual naturalidad su alianza con la Unión Soviética.

Junto al mundo, el pago chico. Chascomús le enseña mucho a Alfonsín. El radicalismo gana allí casi siempre, incluso entre 1946 y 1955. Mientras la Unión Cívica Radical (UCR) es arrasada por doquier, en Chascomús resiste y gobierna. Alfonsín no saborea esas mieles: su sector interno es claramente minoritario. Una y otra vez los Gotti, dueños del aparato partidario, barren a los jóvenes intransigentes. Alfonsín temple su espíritu de minoría. También palpa cómo ganarle al peronismo.

En los años cincuenta, Alfonsín admira a la Cuarta República francesa. Y a su símbolo, Pierre Mendès France, el último de los grandes líderes del Partido Radical. La Francia que venía de ser humillada en la guerra y que estaba siendo vencida en los campos de batalla de Indochina, una Francia que enterraba su prestigio y perdía su imperio.

Cuando su voz antes tonante deviene inaudible, esa Francia pone un empeño desmesurado por la política pura, el debate parlamentario, los gobiernos de coalición. Gabinetes débiles con el Partido Radical como eje, y una figura dominante, la del propio Mendès France. Su envergadura moral se sobrepone a las crisis económicas, políticas, sociales y permanece aún como un modelo de virtud cívica. Ese es el principal espejo que mirará Alfonsín en el siguiente medio siglo: política de partidos, debates de Estado, racionalidad en el disenso, liderazgo virtuoso. La democracia casi en estado griego. *Atenas más comité*. Ese será Alfonsín.

Desde mayo de 1955 Pierre Mendès France conduce el Partido Radical. Alfonsín acaba de cumplir veintiocho años y admira a ese político de partido, gobernante moral, resistente contra los nazis. Mendès France renueva las bases teóricas del radicalismo. A Alfonsín le preocupa ese radicalismo francés que vive de ruptura en ruptura. Edgar Faure terminará formando el Partido Radical de Izquierda y engordando la coalición que dirige François Mitterrand. También rompe el ala derecha, que funda el Centro Republicano. Para agrandar las coincidencias, en 1957 Mendès France dimite a la vicepresidencia por no haber conseguido disciplinar el voto de sus parlamentarios (cuarenta y cinco años después hará lo mismo Alfonsín en el Senado argentino).

El uruguayo Julio María Sanguinetti muestra sus cercanías y sus disidencias con Alfonsín: “A mí también me encantaba Mendès France. Pero la Cuarta República francesa fue ingobernable. Mendès France es el cumplido ejemplo de cómo un gran estadista, un pensador notable, una figura que gozaba de gran simpatía, no pudo sino fracasar. Porque en esa Cuarta República era todo inviable. Alfonsín creía en una parlamentarización. Yo no. No soy parlamentarista. En nuestros países las cosas se manejan distinto. Creo que el parlamentarismo y la representación proporcional son incompatibles. Eso sí se lo sostenía siempre yo a Raúl: ‘Mirá que todos nosotros nos hemos formado en la idea de la representación proporcional. Pero representación proporcional con parlamentarismo es Italia. O sea, no hay gobierno’. Si vos te resignás a que no haya gobierno, fenómeno. Pero yo creo que nuestros países no pueden vivir sin gobierno y terminan en la dictadura. Italia de repente puede vivir sin gobierno, pero nosotros no. Si querés parlamentarismo, no vayás a la representación proporcional; tenés que buscar un sistema mixto mayoritario que facilite el armado del gobierno. Si no, es imposible. Tenés una Italia o una Francia Cuarta República”.

Los nuevos vientos barren sin piedad el cosmos radical. Arturo Illia es derrocado y su partido se convierte en un trasto incómodo. El radicalismo se ve, sin duda, anticuado en lo formal: su lenguaje, el vestuario, la imagen. Los golpistas civiles y militares aprovechan esa obsolescencia estética para demoler valores más fuertes. Descartan como antiguallas la democracia, el voto, la República, los partidos. Todo eso —insisten economistas y periodistas estrella— pertenece al pasado que superarán los tecnócratas del desarrollo. La unidad de comando quedará garantizada por el poder militar.

Alfonsín preside el Comité Provincia de Buenos Aires. Viene de ser diputado nacional y vicepresidente del bloque oficial. Un hombre de peso en el *apparatchik* balbinista. Poco conocido fuera de allí. A diferencia de la mayoría de los políticos, Alfonsín no se va a su casa. Ilegalizados los partidos, confiscados sus locales, Alfonsín da pelea. Viaja, organiza actos, manifestaciones, rompe la ley. Va preso. Se va alejando poco a poco de su protector, Ricardo Balbín, que desconfía de las luchas de calle y detesta la convergencia con izquierdistas y sindicatos que Alfonsín encara con la CGT de los Argentinos, pero sobre todo con Agustín Tosco, un marxista sin partido que descuellan en el gremialismo combativo de Córdoba. Subsiste el dilema: Alfonsín quiere construir el futuro con un partido del pasado.

El mundo cambia, vertiginoso. Los viejos hábitos se apolillan. Se expanden el sexo sin compromiso, el amor libre, la ruptura de la familia tradicional, la glorificación del consumo, el reino de la publicidad, la minifalda y la liberación de las costumbres, el cuestionamiento a la autoridad. Cambian la música, el baile, las salidas del domingo. El auto lleva a toda la familia y los hombres casados dejan de ir a las carreras de caballos. Corren los días de la equiparación de los derechos de la mujer: las argentinas conquistan la igualdad jurídica con

la reforma al Código Civil de 1968. Pero casi no hay mujeres en la dirigencia radical. Mientras el peronismo exhibe desde los cincuenta su Rama Femenina, la UCR parece no darse por enterada de la inmensa mutación.

Alfonsín parece estar de acuerdo, pero cree que la modernidad no anida allí, sino en las políticas reformistas, en la extensión del Estado de bienestar, la garantía a cada ciudadano para alimentarse, tener un empleo digno y en blanco, un salario justo. La redistribución del ingreso. La obligación social de la política a través del intervencionismo estatal que combate desigualdades.

Los ciudadanos han crecido sin televisión. Ese aparato está modificando las percepciones, limita las miradas, crea otro mundo. Está naciendo la telepolítica. Yrigoyen jamás habría tenido éxito, Balbín no la comprendía. Alfonsín desconfía, pero atisba la mudanza. Ahí se encuentra con los jóvenes del 68.

Descubre el pequeño núcleo que ha fundado la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical. Una novedad, el ingreso de sectores juveniles a un partido anquilosado. Muchos de los últimos jefes jóvenes se han pasado al peronismo ¡en pleno gobierno de Arturo Illia! Estos estudiantes de la Coordinadora poco tienen que ver con Balbín. Son cosmopolitas, admiran el compromiso del Che Guevara, apoyan la Revolución Cubana, leen a Mao y se entusiasman con la resistencia antiimperialista de Ho Chi Minh. No son tampoco camaradas de ruta del Partido Comunista (PC): repudian la invasión soviética contra Checoslovaquia. Se entusiasman más con el Mayo Francés que con la llegada del hombre a la Luna. Esa Juventud Radical ni siquiera es reconocida oficialmente por el Comité Nacional de la UCR.

¿Qué ven en el radicalismo aquellos muchachos? Muchos son hijos de radicales que han sufrido la impotencia de sus mayores para resistir el golpe y juran que a ellos no habrá de pasarles. Arrancan con su pasión por un camino desconocido, una política nueva, una convergencia con las izquierdas y el peronismo duro en los centros clandestinos de estudiantes, en los actos relámpago, en la mirada hacia el socialismo. Entierran la contradicción peronismo-antiperonismo. El frente único antidictatorial es su consigna.

Converge con la Coordinadora. Descubre el rumbo que intuía sin encontrar, el que lleva al alma de las nuevas generaciones. Y las hace participar. Ricardo Lafferrière, ex senador nacional, admite: “Cada día que pasa admiro más la tolerancia que tenía Raúl con la manga de irrespetuosos que éramos nosotros. En un momento estábamos reunidos y Leopoldo [Moreau] hizo un discurso contra la oligarquía, sobre la expropiación de los campos. ¡A Alfonsín le agarraban unas carcajadas! Leopoldo se amoscó: ‘¡Usted no se puede reír así!’”. ‘¡Cómo no me voy a reír con las cosas que has dicho!’”. Los discursos boludos que hacíamos ¡Las cosas que nos ha aguantado! Durante todo su gobierno Alfonsín fue un gran director de orquesta”.

Alfonsín es liceísta y civil, laico y creyente, reformador y tradicionalista, combativo y abuenador, corajudo y aprehensivo. Un abogado que jamás mira un expediente. Un político que ama escribir y le gusta el periodismo aunque no tiene idea sobre las reglas de la profesión. Un reformador en un partido autocomplaciente en su modorra.

RAULITO DE CHASCOMÚS

“Raulito cierra los ojos y larga un cheque”, reía Omar “Vasco” Goñi, su amigo de toda la vida. Goñi lo sabía bien, había que patrullar las tardes, en el cierre, las sucursales de los bancos Nación y Provincia en Chascomús, para cubrir el rojo, rogar el descubierto, recuperar esos documentos voladores. Desde chico, Raúl ignoró el valor del dinero. Ni siquiera lo despreciaba, se limitaba a ignorar su importancia. Desinteresado en el “vil metal”, los amigos deben cubrir cheques voladores y cuentas impagas.

La pasión de Alfonsín por la política parece haber sido más comprendida por los hijos varones que por las mujeres, como si las hijas hubieran sentido más la ausencia paterna. Los Alfonsín suelen destilar un trato suave, intimista, cordial. Herencia, seguramente, del propio Alfonsín. “A papá no le gustaba la gente maltratadora —recuerda Javier, su hijo menor—. ¡No sabés cómo le molestaba! Una vez fuimos a un campo, a ver a alguien que quería poner plata para la campaña. El tipo estaba gritándole al padre. Papá se dio vuelta y dijo: ‘¡Vamos! ¡No quiero que me ayude un hombre que trata así al padre!’”.

Alfonsín es casamentero. Su accionar político atrae a hombres y mujeres que se conocen por política y terminan en familia. Una de sus hijas, Ana María (“Mara”), conoce a Carlos Alconada en la cárcel durante los años sesenta. La onda —flechazo, diría Alfonsín— se repite en 1994. Rocío Alconada, su nieta, descubre a Guillermo “Willy” Hoerst durante la Convención Constituyente.

El discreto encanto de Raulito conmueve al bello sexo desde sus tiempos de colegial. “Las mujeres se sentían atraídas por Raúl —se divierte el ex senador Antonio Berhongaray—. En general los radicales no éramos chorros, pero putañeros sí”.

Alfonsín es, también, un hombre de silencios. Difícil de imaginar. En público jamás se queda callado y es capaz de contestar desde un púlpito a un cura insolente o en los jardines de la Casa Blanca al presidente más poderoso del mundo. Sin embargo, hay un Alfonsín silencioso. Que sus hijos advierten en la casa de Chascomús, que los íntimos detectan. No cambia durante la presidencia: los silencios que comparte su hermanito Guillermo en las comidas íntimas. Que desentraña su vocero José Ignacio López: “En los momentos de estar solos, que fueron montones, compartí más silencios que palabras. Mi mujer ‘Lita’ decía que nos unía la raza gallega”.

Por eso Alfonsín —tozudo en sus convicciones— creía que si el pueblo lo abandonaba, era por fallas en el mensaje. El problema de no saber comunicar verdades evidentes. Sin embargo, no desacreditaba las ideas —para él erróneas, claro— de sus adversarios. Un convencido hasta los huesos que no por eso sustentaba intolerancias. Un apasionado que enseña a sus hijos: “La mejor discusión es la que se empata”.

También, claro, un encantador de serpientes. Son innúmeras las situaciones donde radicales enfurecidos, molestos, disconformes, llegan a su despacho y terminan diluyendo su enojo, cambiando su postura, abjurando de su resentimiento, ante los argumentos y el discurso —firme en lo político, cálido en lo personal— del último jefe radical.

ALFONSÍN EN BUENOS AIRES

En los años setenta Alfonsín despegó. Primero rompió con Balbín, su jefe de toda la vida, el hombre que le ha ido limpiando el camino hacia la diputación nacional y la presidencia partidaria. Lo acompañan radicales de toda laya. Desde el comienzo conforma el núcleo que llevará a los ministerios: Raúl Borrás, Roque Carranza, Germán López, Bernardo Grinspun, Conrado Storani.

Alfonsín enfrenta a Balbín y es derrotado. Una, dos, tres veces en dos años. Pero se queda dentro del radicalismo y acompaña a Balbín en la lucha contra Héctor Cámpora.

Clama contra “el golpe de la derecha” cuando los sindicatos y José López Rega interpretan el deseo popular por la vuelta de Perón y voltean a Cámpora. Se aleja más que nunca de Balbín cuando éste converge con Perón. El viejo líder toma revancha: difunde la idea de que los radicales son guitarreros y que Alfonsín, que presume de moderno, apenas se diferencia porque “su guitarra es eléctrica”.

“En 1975 Alfonsín era un tipo culto y de buena lectura —analiza su secretario de información pública Juan Radonjic—, pero tenía una visión parroquial de la Argentina. Igual que muchos argentinos. Fue uno de los poquísimos tipos que pegó un salto enorme de grande. Ese mayor conocimiento del mundo influencia su posición cuando estalla Malvinas”.

De repente, la interna peronista reemplaza las palabras por las “metra”. Cuando tabletean las bandas parapoliciales de las Triple A, Alfonsín es uno de los pocos políticos que denuncia a los grupos fascistas, defiende a los amenazados, clama por el castigo de los asesinos. Esa práctica la redobla cuando Isabel Perón, finalmente, es derrocada.

Es uno de los poquísimos que repudia el terrorismo de Estado e ingresa a los organismos de derechos humanos —en su caso, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH)— sin haber sufrido la represión en su propia familia. Denuncia, reclama, presenta *habeas corpus* que la mayoría de los abogados rehúsa. Es amenazado. No capitula. Junto con Deolindo Bittel y Herminio Iglesias, hace su aporte a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA que visita Buenos Aires en 1979 y emitirá un durísimo informe sobre la represión dictatorial.

Alfonsín deviene la mariposa más rara de la crisálida partidaria y abomina de la invasión malvinera. Cuando la ilusión se esfuma y las tropas británicas reocupan las islas, la dictadura vuela por los aires. Así y todo, Alfonsín es el único candidato con chance de ganar que promete anular la Ley de (auto) Amnistía que las Fuerzas Armadas han decretado. Anuncia que las juntas militares y el alto mando habrán de ser enjuiciados.

También es el único que se atreve a frenar a las barras que braman: *Paredón, paredón/ paredón, paredón/ a todos los milicos/ que vendieron la Nación.*

Tendrá éxito: la Argentina no perpetra un solo acto de violencia privada de los padres contra los verdugos de sus hijos. Es la fe en la justicia que promete Alfonsín.

El candidato peronista Ítalo Luder admite que no podrá juzgar a nadie. El justicialismo en masa se encolumna detrás de él: los muy conocidos, como Antonio Cafiero, Ángel Robledo, Lorenzo Miguel. Los menos conocidos también: Carlos Menem, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Duhalde, Néstor Kirchner, Cristina Fernández; los cinco serán presidentes y jamás se arrepentirán de su voto a favor de la amnistía.

Alfonsín inaugura las campañas presidenciales modernas en la Argentina, combinando publicidad y encuestas. Conviven con las campañas criollas a la vieja usanza, la de actos, movilizaciones, pintadas, marchas, y garrotazos por los grandes paredones de las ciudades y los lugares más frecuentados.

Acusado de ser financiado por la Coca Cola y otras multinacionales, Alfonsín da tres vueltas a la Argentina enfundado en una campera azul que le han regalado y un traje oscuro que le ha comprado, en cuotas, su hija Mara. Alfonsín no tiene idea —ni interés— en saber qué ropa le hace falta, dónde comprarla, cuál se usa.

Todos creen que ganará, como siempre, el peronismo. Lo piensan los militares, los ciudadanos, los periodistas, los propios peronistas y hasta la mayoría de los radicales. Alfonsín no.

“Alfonsín nos unificó a todos. Habían desaparecido las líneas internas. Éramos todos alfonsinistas. Con la esperanza de ser gobierno no había espacio para nada. Nuestra generación militó por sentimiento y razonamiento, no por cargos”. Lo rescata Rafael Pascual, el hombre de Balbín que después de acompañar a Fernando de la Rúa se encolumna con el candidato que promete la victoria.

Lideró la Presidencia Incomprendida. Los pueblos, muchas veces, superan a sus líderes, son mejores, más nobles y generosos. También más animosos, con mirada ingenua. No fue el caso. La vocación de cambio, el enfrentamiento a las corporaciones, la valoración de los derechos humanos, los juicios a los militares, la democratización de la sociedad, la redistribución del poder, no eran banderas compartidas por la mayoría del pueblo argentino. Como transmitían los socialdemócratas españoles, los comunistas italianos, los socialistas franceses: “Alfonsín es demasiado izquierdista para este país”.

Un hombre del pasado y del futuro. Su canciller, Dante Caputo, lo identifica con una figura del siglo XIX, con traje oscuro, camisa blanca, gomina. Su visión sobre derechos humanos, sin embargo, anticipa el siglo XXI con la imprescriptibilidad para los delitos de lesa humanidad, que es el primero en poner en práctica.

El filósofo Santiago Kovadloff recuerda: “Cuando fue electo, en 1983, Alfonsín ofertó una reunión con un grupo de intelectuales. Era la primera vez que un presidente de la República deseaba reunirse con personas que

dedican su vida a la ciencia y el espíritu. Lideraba esa reunión Jorge Luis Borges, en primera fila, apoyado en su bastón. Alfonsín nos dio la palabra y se la cedimos a Borges, que se limitó a decir: ‘Señor presidente, usted nos ha devuelto el deber de la esperanza’. A todos nos pareció extraordinario. Borges subrayaba el hecho de que la esperanza es una construcción espiritual y no una revelación consumada. Borges nos estaba diciendo a todos, y acaso a él mismo, que cuando la esperanza es tarea, la idealización del líder no es posible. Alfonsín se quedó muy impresionado con las palabras de Borges. Era como si hubieran quedado cara a cara Homero y Pericles”.

Despojado de todo interés material, Alfonsín militaba como un ateniense. Ajeno a la economía, concede a Juan Sourrouille lo que raramente ofrece a los ministros: libertad absoluta para armar su gabinete, para elegir sus colaboradores. Intuye la importancia de la economía que no le gusta.

¿Influye el clima que intenta crear Alfonsín sobre la estructura psíquica de su pueblo? La psicoanalista lacaniana Silvia Amigo sabe que “no bajo cualquier régimen de gobierno puede prosperar el objeto del psicoanálisis, que es el sujeto escindido, dividido, hendido entre lo que dice y lo que sabe (dice más de lo que sabe, sabe más que lo que dice), entre lo que le hace bien y lo que desea, entre lo que le es conveniente y lo que, no siéndolo, puede aun así dar sentido a su vida. Para este sujeto, el del inconsciente, no rige como puede creerse un vale todo de pulsiones desatadas carentes de racionalidad. Por el contrario, el deseo y la ley se encuentran enlazados según un *ethos* que, de perderse, amenaza su existencia misma. El triunfo de la alternativa que representaba Alfonsín nos devolvió la posibilidad de que el medio social en que vivíamos fuera, al menos, amigable para la emergencia de la subjetividad. La herida profunda que dejó atrás el régimen que esta asunción desalojaba no ha cesado de retornar como escollo recurrente. Baste señalar la dificultad empecinada de nuestro pueblo de mantenerse por fuera de la tentación de trampear la ley. Y no sólo, aunque sea inaceptable, mediante la corrupción. Se ha convertido en práctica habitual el hacer caer gobiernos legítimamente elegidos, mediante medios afortunadamente no cruentos pero no por ello menos violentos. No parece inadmisible, como debiera parecerlo, el empecinamiento en perpetuarse en el poder. Como así el anhelo loco de convocar a algún líder mesiánico que, arrogándose saber qué nos conviene, nos alivie de la responsabilidad de tomar sobre nuestras espaldas el peso de las propias decisiones. Es de desear, al menos un psicoanalista así lo anhelaría, que por intermedio de la enseñanza que nos lega ese acontecimiento del ya remoto 10 de diciembre de 1983, a la atmósfera deletérea donde nuestra trama social ha caído, retorne el sople vivificante del deseo enlazado a la ley”.

Erich Fromm es uno de los autores favoritos de Alfonsín. Ese psicoanalista partidario de la libertad, de un socialismo humanista, crítico del capitalismo y cuya visión de lo social es mucho más fuerte que en la enorme mayoría de sus colegas. “Alfonsín veía todo en veta social, nada en veta personal”, confirma la diputada Maricarmen Banzas. Ella es militante, pero también psicóloga. Agrega: “Alfonsín era un tipo culto y de tremenda avidez intelectual

por conocer. Le gustaba todo. Tenía una gran curiosidad. Acaso porque tenía angustia existencial, temor a la muerte. Lo hablábamos. Vivía pensando en la historia. Esa era su angustia de muerte, su forma de trascender”.

“Soy el testigo privilegiado de todos sus encuentros con líderes extranjeros —memora Sourrouille—. Fue mejorando con el ejercicio. Yo lo veía estadista. Todavía me perturban las conversaciones con [François] Mitterrand, el Papa o Deng Hsiao Ping, con Felipe González o Fidel Castro. Era un gran gobernante, un hombre escuchado, se le preguntaba. Una figura de consulta. Un presidente destacado en el mundo. El único argentino que alcanzó esa estatura”.

Teje una relación estrecha con el presidente uruguayo: “Raúl era muy generoso y a la mayoría de los encuentros internacionales él me venía a buscar (nosotros no teníamos avión presidencial, la Argentina sí, por suerte) e íbamos a casi todos los encuentros juntos. Tomaba la iniciativa y me decía: ‘Bueno, Julio, vamos juntos’. Eso nos permitió tener muchas horas de vuelo, de conversación y de amistad. Teníamos una visión histórica parecida también en cuanto al Río de la Plata. Él era de los Libres del Sur, no era rosista. Era hincha de Independiente y a nosotros también nos resultaba simpático Independiente. Teníamos mucha coincidencia en el cine, con el neorrealismo italiano y eso. En lo que muchas veces no estábamos en sintonía era en el arte. Me acuerdo que inauguramos una exposición en el Museo de Bellas Artes, donde yo di una charla. Alfonsín me decía: ‘¿Y esto me tiene que gustar?’. Yo le digo: ‘Sí, te tiene que gustar. Te voy a explicar por qué’. Muchas veces en conferencias internacionales yo bailaba un tango con Marta, mi señora, que baila muy bien. Y más de una vez Raúl bailó tango con Marta, en el Caribe o en Colombia. Normalmente María Lorenza no viajaba por sus dificultades de salud, y entonces Raúl se quejaba: ‘Yo tengo que bailar con cualquiera y vos bailás con la mina entrenada’”.

Intentó refundar un Estado de funcionarios sujetos a normas. El Estado modelado en Francia desde Richelieu, con sus dignatarios severos y su formalidad hugonota que intenta montar Jorge “Yuyo” Roulet. O el esquema más estadounidense, con programas flexibles medidos por resultados que postula Luis Stuhlman. Un Estado a lo Max Weber, sin el peso del tradicionalismo ni el liderazgo carismático del populismo o de los militares.

Alfonsín gobierna la peor etapa de la vida argentina. Nunca antes las exportaciones argentinas han cotizado menos —ni lo harán después—, nunca las importaciones han estado más caras, jamás la deuda externa ha sido tan asfixiante. El juicio a las juntas, la política exterior autónoma, la Ley de Divorcio Vincular, el Programa Alimentario Nacional (PAN) y otros programas sociales, así como un discurso férreamente anticorporativo y la amenaza de no pago de la deuda externa aumentan la resistencia de la derecha, que converge con el justicialismo en la demolición. Como detecta el sociólogo Roberto Gargarella: “El alfonsinismo se estaba constituyendo en una amenaza creciente para los sectores más duros del conservadurismo local. La Iglesia lo miraba



RAÚL ALFONSÍN

con tremenda antipatía, el sector militar lo definía directamente como blanco enemigo y el sector empresarial mostraba su desprecio frente a los tibios rasgos socialdemócratas exhibidos por las primeras políticas económicas del gobierno”.

Su presidencia termina mal. Jaqueado por militares que resisten su juzgamiento, derrotado en las urnas en 1987, su último año deviene *via crucis*. Cada semana, un poco menos de fuerza, de votos, de plata, de esperanza. El país vota con la inflación descontrolada y el desconsuelo. ¿Hubo un golpe de mercado? ¿Se estaban ya preparando las clases dominantes para implementar una brutal transferencia de ingresos hacia sus propios bolsillos, como estaba ocurriendo en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, en los Estados Unidos de Ronald Reagan? ¿O se está triturando a Alfonsín para desarticular la resistencia que habrá de encabezar contra la implantación neoconservadora?

Vuelve al llano con el espíritu magullado pero intacto. Combativo en un partido contemplativo, después de su presidencia empiezan los miedos. No tenía temores personales —llegó a sacudir algunos trompis en los días del “Que se vayan todos”— pero lo aterrizzaba que la Argentina volviera a los días del peronismo *versus* antiperonismo. El Pacto de Olivos, la Alianza y el cogobierno con Duhalde son resultado de esa sensación nueva.

La aprehensión a la lucha entre facciones y por la suerte de su UCR no le arrebatan protagonismo, pero lo cambian. El, que siempre se ha atrevido a enfrentar los golpes, defender a guerrilleros, combatir las dictaduras, procesar a genocidas, polemizar con el presidente estadounidense o el primer ministro soviético, enfrentar a los sindicatos, protestar contra los capitanes de la industria, los estancieros o los dueños de los diarios, pierde impulso. De algún modo, se “balbiniza”.

Alfonsín se asusta, abandona el Comando del No a la Reección. Acepta el segundo mandato de Menem a cambio de una nueva Constitución. Ese Alfonsín republicano deja de estimular la política de masas y se refugia en los acuerdos de cúpula. El tribuno de la plebe se convierte en senador prudente.

El nuevo Alfonsín despliega la energía de siempre. Intenta justificar la claudicación ante Menem con una Constitución “progre”, plural, con instituciones modernas. Una vez más, como tantas veces, no le alcanza la voluntad. Su idea de un gobierno parlamentario se deshila en una jefatura de gabinete que jamás pudo menguar el presidencialismo. Peor aún: las administraciones kirchneristas concentraron el poder del jefe de Estado como nunca antes; los jefes de gabinete evocan secretarios de despacho, rodeados de ministros que, con pocas excepciones, exhuman insignificancia.

Los partidos políticos, a los que creyó proteger dándoles categoría constitucional, son barridos por la crisis de 2001, el travestismo, la cooptación desenfadada, la ausencia de ideas, la destrucción sistemática encarada por las presidencias Kirchner, que invocaron la política para aplastar a los partidos, como si fuera deseable la política sin partidos. El reemplazo por un estatismo



brutal, donde el manejo de los fondos del Tesoro nacional rompe el contrato madre entre electores y elegido, el pueblo y su representante.

Ese Alfonsín cauteloso no logra siempre desembarazarse del antiguo militante. Ya no sale a embestir lo que se mueve. Pero sí aparece para marcar límites. La autoridad moral de Alfonsín pone barreras. Ya no son las barricadas de los tiempos vigorosos. Pero su voz sigue teniendo peso. Eduardo Bauzá, acaso el político más importante del menemismo, se lo repite a su presidente cuando advierte: “Mire que Alfonsín va a sacudirlo y lo va a matar”. Alfonsín se ha convertido en el garante final de las alicaídas instituciones.

“Yo en el 93 me di cuenta de lo que era Alfonsín —se sincera su ex vocero en el llano, Federico Polak—. Era un estadista. Alfonsín siempre tenía en cuenta su futuro y el de su facción”. Estadista y puntero, una vez más.

Rafael Pascual afirma que “Alfonsín fue el último jefe del radicalismo. Una jefatura distinta a los jefes del partido, que siempre habían sido el fiel de la balanza. Yrigoyen, Alvear y Balbín siempre pendularon entre los opuestos. Yrigoyen eligió a Alvear; Balbín se manejó con intransigentes y unionistas. Alfonsín se pronunció por la socialdemocracia. Fue jefe por la mayoría y desatendió al otro radicalismo: el de [Eduardo] Angeloz y [Fernando] De la Rúa”.

Ese Alfonsín rejuvenece cuando inventa la Alianza, favorece su victoria, trata de influenciar a De la Rúa primero, de salvarlo después. Es el mismo que cuando baja los brazos y lo abandona sella la caída del gobierno que ha prohijado con pasión.

La administración Duhalde descubre, si no al mejor de los *alfonsines*, seguramente al más generoso. Lo que su Constitución no consiguió —un gobierno de base parlamentaria— se ejercita en la práctica durante 2002 y parte de 2003. La oposición que apuntala a una administración tambaleante, que lleva ministros al gabinete, que comparte las decisiones, termina emparentando al viejo Alfonsín con aquel viejo Balbín que treinta años antes lo había irritado con su acercamiento a Perón bajo el paraguas de “El que gana gobierna, el que pierde ayuda”. Pero sigue siendo puntero: “El país se venía abajo, una tarde que yo tenía un quilombo enorme —recuerda Juan José Álvarez, secretario de Seguridad de Duhalde— me llama Alfonsín: ¡quería recomendarme un empleado del segundo piso!”.

Esa vocación de acompañar es infrecuente en la Argentina. Alfonsín sabe que si las cosas andan mal, las personas de carne y hueso sufren. Ese límite muestra su grandeza. También su debilidad para enfrentar rivales —como las dictaduras militares o el peronismo— que consagran su esfuerzo a la demolición del Otro. Una pelea donde uno de los boxeadores insiste en cumplir las reglas mientras su rival las viola descaradamente, mientras el árbitro se desentiende y el público guarda silencio.

Susana Viau, opositora dura, cree que “Alfonsín no era especialmente inteligente, ni culto ni un político fino. Pero supo crecer y convertirse en el paradigma de la democracia. Asumió las responsabilidades de la hora y más. No fue entendido y hoy a la distancia su gobierno se ve como la mejor etapa de la democracia. Cuando los juicios a los militares, había dos miradas: a nosotros los exilados, a

nosotros las víctimas, nos parecía totalmente insuficiente lo que Alfonsín decidía; la segunda mirada era de los que entendieron. Nosotros no entendimos lo que estaba pasando, no supimos ver que condenar a doce no era insuficiente porque nunca había habido doce condenas. Y encima la sociedad, que no acompañaba. Después no hubo nada, ni la Obediencia Debida, ni siquiera los indultos, que hiciera retroceder o que borrara lo que significó el juicio a las juntas”.

En un punto Alfonsín era uno más, alguien con quien identificarse. Como lo recuerda su hermana Silvia: “Una persona buena, honesta, de bellos sentimientos, que trataba de encontrar algo bueno en todos. Pero una persona común. Un hombre humilde con arranques de bronca gallega”. Rocío Alconada atesora sus recuerdos: “Era incapaz de criticar a nadie. No hablaba mal de la gente. Y le molestaba que se hablara mal. En seguida te cortaba: ‘No traigas la interna acá’ [...] Por más que fuera mi abuelo, tenía la obsesión de hacer docencia. Siempre repetía: ‘Eso se hace’, ‘Eso no se hace’. Por los cuentos de mamá, era así con ella. Y era así con él mismo. Cuanto más cercano eras, más te hinchaba las pelotas. ‘No pidas, no hagas’. ¡Siempre, todo el tiempo, el deber ser! Siempre había que dar el ejemplo”. ¿Qué va a pensar la gente? Una y otra vez exige a los suyos —sobre todo, a la familia— una conducta estricta. No era una concesión a la hipocresía, sino al decoro. Sabe que el César y los suyos no sólo deben practicar la honestidad, sino exhibirla a la luz del día.

Alfonsín resulta ser el más “pobrete” de los presidentes. No vive una situación desahogada como De la Rúa ni acumula millones como Carlos Menem, Néstor Kirchner o Cristina Fernández. Se siente un predicador, un cruzado despojado de bienes. Ahí nace su gran virtud y la mayor debilidad. El desinterés encubre una sospecha.

“Política o negocios. El tipo que hacía política se tenía que joder en serio y ser ejemplar”, es la máxima que transmite a Raulo, su primogénito. El deber ser es, para Alfonsín, un imperativo superior a la política. En su gobierno, cuando tiene que elegir entre la posible renuncia de tres camaristas federales y la pérdida del jefe del Ejército, su general más leal, opta por mantener a los jueces. La ética sobre la fuerza.

La manía por la ejemplaridad es distintiva de Alfonsín.

Kovadloff resalta que “Alfonsín mantuvo una trayectoria personal de contundente apego a la ley y, a la inversa, un no menor contundente desapego a la idea de que la política, para prosperar, sólo podía asentarse en la trasgresión de la ley y en la demagogia. Si bien se sintió representativo de un anhelo social de reivindicación democrática, nunca confundió su persona con su investidura y no consintió jamás la exaltación de su propia persona. Quienes lo conocimos podemos tener diferentes valoraciones, pero estoy persuadido de que todos coincidiremos en la reivindicación de su persona como la de



OSCAR MUIÑO

un espíritu apegado al diálogo, a la franqueza, a la valentía y a la paradójica humildad de quien, detentando el poder, se negó permanentemente a hacer del presidencialismo la instancia decisiva del orden republicano”.

Graciela Fernández Meijide opina que “Alfonsín tenía una entrega impresionante. No fue un gran estadista, como [Ricardo] Lagos o [Fernando Henrique] Cardoso. Fue un tipo de mucho coraje y tenacidad. Que tenía cosas de cabezón, de gallego tozudo, era bueno cuando su persistencia le indicaba seguir peleando y disminuía cuando se empecinaba. Fue el hombre que pudo ser. Siempre quiso ser un gobierno de transformación. Pero le había tocado una época de transición”.

Los radicales no siempre son concesivos con su último líder. Juan Manuel “Cachi” Casella elogia la democracia legitimada, el juicio a las juntas, la vocación de poder. “En el debe, su poco respeto a las leyes de la economía; lo más grave es la pérdida de la autonomía partidaria y el Pacto de Olivos. En el balance le pondría un siete. Quería seguir siendo jefe de punteros hasta el último día de su vida; nos decía: ‘Ustedes tienen relación directa con los punteros y me la han hecho perder a mí’. Cachi respondía: “Mire, doctor, me parece que la gente no lo ve a usted como jefe de punteros”.

Sanguinetti también detecta debilidades: “Raúl era un poco más voluntarista que yo. Lo cual respondía también a nuestra propia historia. Porque llegó al gobierno sin experiencia administrativa. Yo era un viejo político que había sido ministro de Estado a los treinta años. Tenía una larga trayectoria de gobierno, adentro de un partido de gobierno, como era el Partido Colorado. Y sigue siéndolo en su mentalidad. Nosotros nos formamos en la cultura del Estado, somos hijos del Estado. Como somos un partido profundamente laico, de algún modo el Estado fue nuestra Iglesia. El radicalismo ha sido un partido más de oposición que de gobierno, más del principismo democrático que de la ejecutoria administrativa. Yo era mucho más administrador y Raúl venía de las batallas de la libertad”.

¿Quería volver Alfonsín a la Presidencia? Su hijo menor asegura que sí: “Quería terminar el proyecto —insiste Javier—. Pensaba que había que presentar un proyecto de centro-izquierda en 1999. Papá computaba que podía sacar veinticinco o veintisiete por ciento y perder. Pero la siguiente el radicalismo ganaba seguro”. Enrique “Coti” Nosiglia no tiene dudas: “Claro que quería. No tengo dudas. Él sentía que le debía eso a la Argentina. Y que la Argentina se lo debía a él”. Nunca hubo una declaración pública. Un puñado de sus fieles más íntimos está convencido. Anhelaba la reivindicación para él, para su gobierno, para sus ideas. No pudo.

